

SANTA BEATRIZ DE SILVA

Queridas Concepcionistas Franciscanas, queridos sacerdotes, queridos hermanos y hermanas: ¡El Señor os dé la paz!

La familia Franciscana y particularmente las Hermanas Concepcionistas de Santa Beatriz de Silva estamos celebrando el 50 aniversario de la Canonización de Beatriz de Silva. “La ciudadana del cielo”, como la llamó Pablo VI el día de su canonización, nació en Campo Mayor (Portugal) en el año de 1426 y falleció en Toledo en el año 1492. Emparentada con las casas reales de España y Portugal, pasó casi toda su vida en España. De padres profundamente cristianos formó parte de una familia de once hermanos, entre ellos el beato Amadeo de Silva que abrazó en Italia la Orden de Frailes Menores, dando origen a una reforma conocida con el nombre de Amadeos. Dicen que era muy hermosa y debido a las pasiones que ello suscitaba en torno, “como flor que germinaba en terreno pantanosos”, abandonó la corte que por entonces estaba en Tordesillas y, como dice su primer biógrafo, “determinó que ningún hombre ni mujer le viese el rostro mientras viviese” e ingresó en un monasterio cisterciense, dedicándose por bien treinta años solo a Dios. Murió con el deseo de fundar un monasterio del que sí aprobó sus reglas, pero antes de llegar la aprobación pontificia, Beatriz subió al cielo. Esto es lo que, en síntesis, nos dicen las fuentes históricas sobre Santa Beatriz de Silva. Y ahora el alma se queda pensativa ante esta frágil figura de mujer velada, a la que un cierto hálito de misterio hace más sugestiva, y se pregunta si ella tiene un mensaje para el hombre actual, tan alejado, psicológicamente, de aquel mundo poblado de caballeros, príncipes y damas, en el que ella naciera. Debemos contestar que sí ciertamente.

Contemplando la vida de Beatriz vemos una herencia que nos dejó de gran actualidad que suscitan en nosotros admiración y deseo de imitación. Veamos.

Beatriz optó por una vida retirada, en silencio y clausura. Siguiendo vuestra *Regla* también vosotras vivís en clausura. Esa separación del mundo no es un fin en sí mismo, no es motivada por el miedo a la contaminación que podría llegaros de esta cultura donde se prioriza la visibilidad, con todo lo que ello lleva consigo, sino que vuestra opción por la clausura mira a favorecer el íntimo recogimiento, necesario para un más intenso y continuado coloquio con Dios. Cómo no recordar a este respecto las palabras, de sabor claramente franciscano, con las que el capítulo X de la *Regla* insiste en la dimensión orante y contemplativa de la Orden: «Consideren atentamente las hermanas que, sobre todo, deben desear tener el Espíritu del Señor y su santa operación, con pureza de corazón y oración devota; purificar la conciencia de los deseos terrenos y de las vanidades del siglo, y hacerse un solo espíritu con Cristo, su Esposo, mediante el amor». Para el hombre moderno, encarcelado en el torbellino de las impresiones sensoriales, multiplicadas por los «mass-media» hasta límites obsesivos, la presencia de almas silenciosas y vigilantes, como la de Beatriz y como la de muchas hermanas de esta Orden, entregadas al mundo de las realidades «no visibles» (cf. 2 Cor 4,18; Rm 8,24ss), puede ser una presencia profética. ¿No representa quizá una llamada providencial para todos nosotros a no perder una dimensión constitutiva, la de la vocación a caminar por los horizontes ilimitados de lo divino? A nosotros se nos está pidiendo privilegiar lo que va más allá de estas realidades y hacer silencio para encontrarnos con Dios y con nosotros mismos, a la vez podernos encontrar con los demás en profundidad.

Santa Beatriz de Silva quiere decirnos todavía una palabra más esta tarde. Es quizá la palabra más importante, porque en ella está encerrado el secreto de su experiencia espiritual y el de su santidad.

Esta palabra es el nombre de María y más concretamente el de María Inmaculada. La blanca limpieza de la Virgen fue el ideal de su vida; lo subraya su primer biógrafo: «Se le fue acrecentando la gracia de una singular devoción a la Concepción sin mancha de la Reina del Cielo, de la cual, desde que algo supo, fue entrañablemente devota».

Aquella devoción la legó, como herencia significativa, a sus hijas espirituales, disponiendo que ella fuera la característica de la nueva Orden, «una Orden -y usamos ahora las expresiones de otro antiguo biógrafo suyo- [...] en la que la Santísima Concepción de la Virgen gloriosa, honrada, afirmada y ensalzada con continuas alabanzas». De esta forma, mucho antes de que este dogma fuese definido por la Iglesia, las hijas espirituales de santa Beatriz honraban y veneraban, como lo hacen todavía hoy, a la «Toda pura» y recibían de ella energías para una más generosa consagración a Cristo, en el cotidiano esfuerzo para no apartar nada de la dulce soberanía de su amor.

Esta es la invitación que, como síntesis de toda su experiencia espiritual, nos dirige hoy Santa Beatriz de Silva: mirar a María Inmaculada, seguir su ejemplo, invocar su protección, porque en el providente designio de salvación «la Madre de Jesús... brilla en este mundo... ante el Pueblo de Dios peregrino, como signo de segura esperanza y de consuelo, hasta que llegue el día del Señor» (*Lumen Gentium*, 68).

Pueda el ejemplo de Santa Beatriz suscitar, sobre todo en las jóvenes generaciones, una floración abundante de espiritualidad. Así lo pedimos a Santa Beatriz de Silva, mientras le suplicamos que proteja constantemente a sus hijas, a la Iglesia Universal y Particular de Mérida-Badajoz, a esta comunidad de hermanas concepcionistas y a toda la familia franciscana.